Bilbao, 700
Ed. Ayuntamiento de Bilbao y Asociación de Periodistas de Vizcaya. Bilbo, 2000, pp. 34-37

Crónica del siglo XVI

Villa de comerciantes

1500
El corregidor Cueto, en respuesta al pleito interpuesto por las anteiglesias de Begoña, Abando y Deusto, resuelve que las seis mil hectáreas de término municipal con que cuenta la villa se reduzcan a sólo ocho.

1502
Guiot de Beaugrat, francés avecindado en Bilbao y Juan de Garita, dictaminan sobre las obras necesarias para la mejora de la barra de Portugalete.

1509
El Convento de San Francisco obtiene una ejecutoria autorizándole al tendido del puente sobre el río que lo acercara a la villa.

1511
Por Carta Real, despachada en Sevilla el 22 de junio por la Reina Doña Juana, se funda el Consulado de Bilbao.

Al alborear el siglo XVI, Bilbao era una villa económicamente activa pero aún pequeña. Su recinto murado apenas daría cobijo a unos 4.500 habitantes que vivían hacinados en "muy poco sircuyto". Concluida la centuria, sus murallas se habrán ensanchado, su población habrá crecido, aunque no mucho, y su economía estará atravesando serias dificultades. Con todo, el siglo XVI constituye para Bilbao una etapa de prosperidad. El crecimiento económico heredado del siglo XV prosiguió al menos hasta un determinado momento, su estructura económica de base mercantil, forjada en plena Edad Media, se consolidó e institucionalizó, y su organización social se diversificó y ganó en movilidad, al propio tiempo que iba adquiriendo tonos más cosmopolitas. Todo este proceso, sin duda floreciente, no estuvo exento de contradicciones y desequilibrios que el siglo XVII recibirá y se encargará de superarlos y ajustarlos.

Al gran comercio de larga distancia, espina dorsal de la economía bilbaína, el siglo XVI le va a deparar oportunidades nuevas de mercados y productos, que supo aprovechar, y una organización institucional propia que le permitirá ejercer un control más directo sobre sus relaciones mercantiles. En 1511 se funda el Consulado de Bilbao, con jurisdicción propia sobre las diversas actividades y agentes de su gremio, independiente ya del Consulado

La Villa en 1544. Bilbao seguía creciendo, lo que obligó a buscar más espacio edificable. Así se empezaron a ocupar los terrenos que conducían al Arenal y el espacio de La Ribera entre el río y el brazo de mar.

de Burgos, al que desde su fundación en 1494 había estado supeditado. Como toda cristalización institucional, el Consulado rubricaba la maduración lograda en el desarrollo comercial precedente y reforzaba o adecuaba sus bases, plasmadas en Ordenanzas que conocieron sucesivas reformas, para mejorarlo de cara al futuro.

La barra de arena de Portugalete dificultaba la navegación por la ría.

Este futuro se hizo pronto presente mediando la expansión económica que durante aquel siglo atravesaba toda Europa. Tal expansión intensificó el consumo de productos intermedios como el hierro, lo que incitó a aumentar su producción y comercialización en el País Vasco, uno de los hogares siderúrgicos más importantes de entonces en el viejo continente, consumidor tradicional de "fierro viscayno". Al propio tiempo, el tradicional eje comercial del Norte de Europa, con Bilbao como uno de los puntos de conexión, redobló su importancia. Aquí la oportunidad venía ofrecida por el aumento de las exportaciones de una materia prima, las lanas castellanas, y de su contrapartida de importaciones, manufacturas, fundamentalmente de paños y otros textiles que se vendían en los mercados vascos y sobre todo castellanos, carentes de una industria propia autosuficiente.

A ESTAS RUTAS, trilladas por los bilbaínos desde el Medioevo, se agregó otra nueva. El descubrimiento de América significó la apertura de un mercado, todavía estrecho aunque con gran proyección de futuro, pero que de cualquier manera había sido reservado para los hierros vascos, al prohibirse la introducción de géneros extranjeros. Comerciar con las Indias no era posible más que a través del puerto de Sevilla, el único entonces habilitado. Aunque a su través, toda la economía marítima de Bilbao, su comercio, transporte y construcción naval, contaban con un nuevo mercado. La pesca de altura, actividad enraizada de antiguo en los puertos vascos y que aunaba actividades productivas de diverso género con comerciales, conoció también avances en medio de cambios. A la tradicional pesca de la ballena, con fines industriales, se unió en torno a los años 30 la del bacalao de Terranova, destinado al consumo humano tras su salazón.

La presencia de bilbaínos en aquella isla tuvo su momento de auge en la segunda mitad del siglo, proporcionando pingües beneficios y haciendo de su puerto uno de las principales plazas del comercio de "bacallao". Las riberas de la ría bilbaína fueron también testigos de momentos de esplendor para su industria naval, que prolongó su desarrollo, impulsada por el creci-

1514
Según la fogueración ejecutada, Bilbao tenía, redondeando cifras e incluyendo las casas avecindadas a la Villa, 1.200 fogueras (entre 5.000-5.500 habitantes).

1519
Continuan las obras de la Basílica de Begoña, en medio de litigios.

1526
Redacción del Fuero Nuevo de Bizkaia que reemplaza al de 1492.

1527
Ampliación de la plaza y de los muelles del puerto.

1530
Peste en la Villa.

Tristán Díaz de Leguizamón, fue preboste de la Villa durante 40 años.

1531
Promulgación de las primeras Ordenanzas Generales del Consulado.

1538
Los Consulados de Bilbao y Burgos se comprometen continuar las obras de canalización de la ría.

1539
Primeras ordenanzas municipales de Abando.

1544
Nuevo capituleado para la elección de los regidores de la Villa.

1553
La Villa padece una nueva y memorable inundación, que destruyó muelles y arrancó uno de los arcos del puente.

1563
Concordia entre el Consulado de Bilbao y la Villa de Portugalete para anular sus diferencias en materia de embarques.

1571
Un incendio asola la mayor parte del casco de la Villa.

1580
Recopilación de las Ordenanzas de la Villa.

1582
Se inician las gestiones de aproximación entre bilbainos y castellanos que culminaron en un nuevo acuerdo entre ambos que acabó con el comercio de lanas en Portugalete.

1590
Apercibimiento general de guerra y defensa de la Villa contra Inglaterra.

1598
La peste que asola la cornisa cantábrica se expande por Bilbao.

miento de la economía marítima. Las naos que allí se construían no sólo estaban al servicio del comercio y transporte de los nativos, también se vendían en otras latitudes, alcanzando su arquitectura reputación internacional.

El control que los bilbaínos ejercieron sobre estos diferentes renglones del tráfico comercial y de la producción que los sustentaba era bastante desigual. Dominaban la construcción naval; controlaban el comercio exterior de hierros y hasta su misma producción, necesariamente subordinada a quienes dispusiesen de recursos financieros; armaban por su cuenta barcos para la pesca y comercializaban las capturas, en lo que era preciso invertir buenas dosis de capital; el transporte lo compartían con otros armadores y marinos vascos, castellanos o extranjeros; en el comercio de exportación e importación con el norte de Europa su papel era sin embargo minoritario, su actividad se reducía a los aspectos menores del comercio, como comisionistas y representantes al servicio de los grandes mercaderes, que para el caso eran castellanos y, cada vez más, extranjeros. Esta coparticipación y hasta supeditación en el renglón más llamativo del gran comercio no debe enturbiar los otros en los que se iba ganando y acumulando experiencia.

ESTA VENTUROSA IMAGEN comienza a enturbiarse cumplido el medio siglo. La siderurgia, víctima de su atraso técnico, comienza a perder los mercados europeos. El comercio con Europa se verá seriamente perturbado desde 1566 con motivo de la rebelión de los Países Bajos, y tal eventualidad se prolongará casi sin descanso en lo que reste de siglo por la sucesión de conflictos políticos y militares, prohibiciones de comerciar con el enemigo y ataques de corsarios, en una delicada mezcla entre política, guerra y economía. A fines de siglo comenzarán a ser desplazados de las pesquerías del norte de Europa. Para colmo, catástrofes naturales y biológicas: grandes avenidas de agua, los temidos y frecuentes "aguaduchus", en 1553 y sobre todo en 1593, que destruyeron cays y embarcaderos; un pavoroso incendio en 1571 que obliga a reconstruir gran parte de la villa; la peste, de nuevo, desde 1598, añadiendo una dificultad más al trato comercial. Mal final económico de siglo, que el nuevo se verá obligado a recomponer.

Luis María Bilbao,
Catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid